

Manuel Moyano

Polvo en los zapatos

Diario 2018-2020

PRÓLOGO DE MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ



menos**cuarto**

Este libro está fabricado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

© Manuel Moyano, 2023
© del prólogo, Miguel Sánchez-Ostiz
© de esta edición, Menoscuarto, 2023
ISBN: 978-84-15740-94-0
Dep. Legal: P-75/2023

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: © Carlos Moyano Piqueras
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«La literatura, como el buitre, puede alimentarse de todo.»

CLAUDIO MAGRIS

«Tal vez, al fin uno sea la suma de sus máscaras.»

ERNESTO MALLO

DEL CONTAR LOS PROPIOS PASOS

Al releer el copioso diario de Manuel Moyano para escribir esta nota de lectura que hará de prólogo, me he acordado de una frase de Jean-François Fogel aplicada al antipático y muy viajado Paul Morand: siempre tiene que haber alguien en movimiento para pervertir a los que están en reposo. Por mi parte, a esa labor de zapa corruptora que se produciría entre escritores y lectores, o espectadores y viajeros extremos —pienso en los navegantes solitarios, como Kersauson y sus proezas marítimas, o «viciosos», como el gran Javier Reverte y su voluntad infatigable de recorrer el globo—; por mi parte, digo, añadiría a los sedentarios y a los perezosos de mirada, a los inapetentes y a los distraídos.

El movimiento y el reposo no tienen que ser por fuerza físicos. Del daño del turismo masivo habrá que hablar en otra parte. Lo digo porque el autor de *Polvo en los zapatos* demuestra en su diario de esos años 2018-2020, que considero demoledores, un apetito vital contagioso y sin duda envidiable que, a mi modo de ver, se acomoda con fortuna a ese propósito literario de la incitación y el espabile. No es poca la literatura que nos ha convertido en soñadores y nos ha echado cuando hemos podido a los caminos, a los de

lejos y, como Moyano, a los de cerca —tan a menudo des-
deñados—, o simplemente a la lectura como salvavidas de
naufragios varios.

Si escribir un diario nos acaba diciendo, tiempo des-
pués, no ya quiénes somos, sino en quiénes o en qué nos
hemos convertido (Guido Finzi), leerlo también; en mi opi-
nión, claro. Un diario como el de Moyano es, en ese sentido,
un raro espejo, no siempre amable, pues si nuestras nada
poco difieren (Borges), lo que podamos o no hacer en la me-
dida de nuestras posibilidades, desde esas nada, sí difiere,
y mucho. Quien lea con detenimiento estas páginas se dará
cuenta de lo que digo: cuánto tiempo perdemos normalmen-
te a sabiendas de que este no sobra. Apetito vital y ojos de
pájaro los suyos, como reclamaba Chesterton para reparar
en el detalle y capturarlo para llevarlo a los papeles, primero
periódicos (para el olvido de las hemerotecas), luego en libro
(para la memoria libresca).

No sé si la envidiable vitalidad que demuestra Manuel
Moyano se debe a que su diario estaba destinado a ser pu-
blicado en un periódico. Algo que sé, por lejana experiencia,
que fuerza la escritura para hacerla compartible, inteligible
y sobre todo atractiva. El lector, o ciertos lectores, no es-
tán para que les des la murga con borrascas u oscuridades,
y cada día menos. Pura vida, decía el grupo Marea. En todo
caso, mal se puede impostar la vida que no se tiene o la mi-
rada que no sabe posarse en las cosas del mundo en torno,
o la curiosidad por lo en apariencia menor —en este caso y
para mí un país de Levante que desconozco por completo—,
porque eso se tiene o no se tiene, y si no se tiene y se simula,
el resultado atufa a impostura, a representación pretenciosa

de sainete, y de qué modo, algo que no sucede con estos pasos dados con una envidiable (insisto) intensidad.

Un mundo, el de Manuel Moyano, vital y literario, rico en referencias sociales, literarias, gastronómicas de casas de comidas populares al paso (le alabo el gusto), de viajes nacionales y viajes extraordinarios, de muchas lecturas, de asuntos personales y familiares también, que hacen del personaje puesto en escena —todo diario publicado lo es por muy privado que quiera ser— alguien cercano.

No conozco en persona a Manuel Moyano, aunque sí he leído su viaje por los caminos de Sierra Morena, libro que me envió su autor, no sé si creyendo que soy un infatigable caminante, cuando en realidad no paso de paseante cojitranco. El libro me gustó, como me ha deleitado este, pese a que su mundo tenga poco que ver con el mío y desconozca no ya los paisajes que describe, algo de verdad importante en nuestra vida diaria, sino a la casi totalidad de la multitud de personajes, famosos unos y desconocidos otros, que lo pueblan, lo que para mí acrecienta la idea de asomarme —ese mirón que es el lector de diarios— a un país extraño y sin duda atractivo siquiera en el papel, aunque sienta que para patearlo se me ha hecho tarde y que estas páginas me acusan de tener la mirada, y los pies sobre todo, cada día más perezosos. Lo escribí hace mucho: *Quién no quisiera estar lejos cuando su edad le alcance*.

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ
Zamarrenea, de Arizkun, diciembre de 2022

2018

21 DE ENERO. Amanece cuando dejamos atrás Molina de Segura. Mientras repongo combustible en la gasolinera, contemplo todas esas sierras que puedo nombrar una a una —Ri-cote, la Pila, la Espada, Lúgar, el Corqué—, teñidas ahora de un color rosado bajo las primeras luces del día. De ellas descienden ráfagas de aire fresco que me acarician la cara. Un cernícalo aletea a escasos metros del coche. El panorama es soberbio. Ayer leí que John Kennedy Toole, al ver por primera vez un cielo densamente estrellado lejos de Nueva Orleans, le dijo a su amigo Laird: «Tengo que escribir un libro». En este momento siento el mismo impulso que embargó a Toole aquella noche: tratar de plasmar la extraña belleza y variedad del mundo a través de la escritura. Teresa y yo debemos tomar un avión en Madrid que nos llevará a Marrakech. Puede ser un buen día para empezar este diario, un diario que será cualquier cosa menos íntimo.

22 DE ENERO. Marrakech: no podría describir su medina sin incurrir en lugares comunes. El populoso zoco, con sus aromas, sus colores y sus motocicletas siempre a un centímetro de atropellarte. La célebre plaza Jemaa El Fna, con sus encantadores de cobras, sus músicos bereberes y sus cuen-

tacuentos. Juan Goytisolo y Elias Canetti han escrito todo cuanto había que decir al respecto y no seré yo quien pueda mejorarlo. El turista europeo que acaba de llegar a la medina se halla tan deslumbrado por las imágenes que lo rodean que es presa fácil de truhanes al acecho. Compinchados entre sí, su *modus operandi* es este: uno de ellos se hace el encontradizo y pregunta si buscas algún lugar —las curtidurías, el barrio judío—; a continuación llama a otro que pasea por la calle y que, casualmente, ya se dirigía allí; este segundo finge acompañarte por simple amabilidad, pero al final te exigirá dinero por haberte servido de guía.

Conducidos por uno de esos tunantes hemos visitado las curtidurías. Los bereberes están especializados en pieles de animales grandes (dromedario y vaca) y los árabes en las de otros más pequeños (cabra y oveja). Los pellejos son sometidos durante dos meses a baños sucesivos de cal viva, excremento de paloma, arena, agusal y corteza de árboles. Hundidos en estas cubetas hasta la cintura, los curtidores ejercen una de las profesiones más repugnantes del mundo. Tan enfrascado iba en tomar notas y fotos de cuanto veía que, sin darme cuenta, he metido los pies en un canal de evacuación por el que circulaba un líquido espeso y maloliente. El *faux guide* me ha regado los zapatos y los pantalones con una manguera, por lo que al menos se ha ganado el estipendio que hemos acabado pagándole.

23 DE ENERO. Es la primera vez que participamos en un viaje organizado. Nuestro guía se llama Naoufal y es joven, tangerino y lenguaraz. En el autobús vamos diez españoles procedentes de distintos puntos del país. La primera parada

del trayecto es una ciudad caótica y famosa gracias a una película que ni siquiera se rodó aquí, *Casablanca*. En este caso, la ficción ha precedido a la realidad: ante la insistencia de los turistas en tomar una copa en el Rick's Café, en 2004 se construyó en la antigua medina una reproducción exacta del célebre local que regentara el personaje de Bogart, pero que nunca existió más allá de los estudios de Hollywood.

En la carretera de Casablanca a Rabat nos detenemos a almorzar en una estación de servicio. Teresa y yo comemos en un local donde se sirve cocina marroquí; el resto opta por un McDonald's.

24 DE ENERO. La medina de Fez es uno de los lugares más asombrosos que puedan visitarse. Algunas calles son tan angostas que es preciso caminar de medio lado, y las motocicletas están proscritas. Cuando Naoufal ha dicho que íbamos a entrar en una máquina del tiempo empleaba, sin duda, una frase hecha, pero no por ello menos cierta. Hacinados unos encima de otros, los fasíes visten, trabajan y se comportan como lo hacían en la Edad Media. La paradoja es que, apenas a un kilómetro extramuros, se levanta el gran centro comercial Borj Fez, que nada tiene que envidiar a los europeos y donde todos caminan manipulando sus pantallas táctiles; Rihanna o Shakira resuenan por los altavoces y las pocas chilabas que se ven parecen anacrónicas: un viaje de setecientos años en pocos minutos.

25 DE ENERO. De esa efímera familia que constituye un grupo de viajeros, con quienes hemos trabado más confianza es con Florencio y Julie, oriundos de Cuenca y Leeds res-

pectivamente. Ambos sobrepasan los sesenta y regentan una tienda de artículos de playa en Mallorca. Pasamos la noche con ellos en un campamento de jaimas, a orillas del Sáhara y bajo la luz de la luna, que los bereberes llaman *yur*. Durante la cena nos cuentan que hicieron dinero manufacturando unas gorras de las que brotaba un enorme pene, hasta que los japoneses las copiaron y empezaron a venderlas más baratas. Creen en las camas-pirámide y en la curación del cáncer mediante una planta llamada *kalanchoe*. Su hijo los ha convencido de invertir todo su dinero en *bitcoins*, porque Europa entrará en guerra en 2020 y el mundo que conocemos se vendrá abajo. Cuando les pregunto de dónde ha obtenido tal información, responden que se ha hecho experto en astrología.

26 DE ENERO. Atravesamos extensas zonas desoladas entre Erfoud y Ouarzazate, con la alta cordillera nevada del Atlas a nuestra derecha. Cruzamos poblaciones bereberes, cuyos habitantes tienen piel oscura y rasgos negroides; sus coloridas ropas contrastan con el ocre monótono del paisaje. Naoufal, que me ha visto tomar notas en una libreta, me pregunta si soy escritor. «He publicado algunos libros», contesto con parquedad, y cuando mi mujer se lanza a dar más explicaciones, le doy un codazo para que calle. Siento como si se hubiese puesto al descubierto una tara mía. «Espero que escribas bien sobre Marruecos», dice riendo. «Lo haré», respondo en voz baja para que los demás no me oigan.

29 DE ENERO. De regreso en España, paso a limpio los apuntes que tomé durante el viaje. Han transcurrido varias sema-